

MIS AÑOS EN TRAGSATEC



BALMORI



MIS AÑOS EN TRAGSATEC. BALMORI

Todos aquellos que le conocieron, siempre dijeron que Manuel Balmori hablaba con los animales, pero no era cierto, o al menos nunca lo fué para todos esos a los que simplemente se lo contaron. Quizás sólo los entendía, o por algún extraño don, les adivinaba su pensamiento. Ellos lo sabían, pues a menudo, en caso de necesidad, se acercaban a él en busca de ayuda, ayuda que Balmori como se espera de todo buen veterinario siempre estaba dispuesto a prestarles. A veces sólo les hablaba bajito, dándoles consejos mientras les frotaba el lomo o las orejas con delicadeza, otras, les prestaba auxilio sanitario con profesionalidad y rapidez, e igual sacaba una espina clavada entre los dedos a un tejón, sajava un lobanillo a una cabra, que purgaba a un jabalí indigestado. Sea como sea, la consulta se montaba sin previo aviso en cualquier momento, entre saneamiento y saneamiento.

Los animales confiaban en él y le respetaban, no siendo raro que a su alrededor aguardaran sentados de forma apacible águilas y conejos, lobos y carneros, charlando todos juntos de manera relajada sobre lo molestas que eran las garrapatas en verano, o discutiendo sobre cual arroyo tenía el agua más fresca, mientras Balmori terminaba de tomar las muestras de sangre a algún rebaño de esponjosas merinas.

A los animales no les afectaba la mala prensa que tenían los veterinarios entre ellos, y más los del saneamiento. Estos hacía ya tiempo, que enviados por Tragsatec, recorrían esas olvidadas Sierras para buscar y acabar con aquellos que tuvieran la mala pata de revelarse enfermos de tuberculosis o brucelosis tras las pruebas a los que les sometían. Balmori era uno de ellos, disciplinado y cumplidor en el trabajo, pero libre de ser diferente y para los iguales, raro.

Una vez, un pastor trashumante que por aquella época andaba con sus vacas asturianas dando buena cuenta de los nutritivos pastos de las montañas de Gata, se presentó ante Balmori con un cachorro de pastor alemán lanudo como una oveja. Se lo había traído un primo camionero de Tablizo que hacía la ruta a Bremen. El animal era vivaz y desenfadado como una ardilla, ideal para ayudar a la guía de la vacada por las cañadas hacia Extremadura. El problema, le contaba el hombre, era que llevaba ya unas semanas aprendiendo el oficio de perro pastor junto al resto de perros del rebaño, pero por más que ladrase a las vacas, achuchase sus corvejones, las gruñera mostrando sus incipientes colmillos, o como meteoro, se cruzase de un lado al otro de la cañada para mostrarlas el camino, éstas no reparaban en él; al contrario, le ignoraban en su empeño por hacerse obedecer.

Balmori cogió su cayado de olivo bravío, y se dispuso en compañía de pastor y perro a conducir al rebaño hacia las cercanas brañas de Mamanzano. Apenas comenzada la travesía, haciéndose oír entre los esforzados ladridos del cachorro, Balmori dijo al pastor.

-“el perro hace bien su trabajo, el problema es que las ladra en alemán, y estas vacas no lo entienden. Va a ser más fácil dar un poco más de tiempo al perro para que aprenda “asturianu” que enseñar a estas vacas viejas a entenderle en germano”

-“pues es verdad”- exclamo el vaquero- “¡así me sonaba a mí raro este cane!”

Cogió al perro, sacó del fardel un queso de Gamonedo para Balmori, y marchó feliz cañada arriba con sus vacas y su pequeño ayudante alemán en prácticas.





En otra ocasión, recibió una llamada de la oficina central de Tragsatec, donde parece que también habían llegado noticias de su raro don con los animales. Resulta que llevaban tiempo detrás de una manada de lobos en la madrileña Sierra de Guadarrama. Querían capturar a los adultos para colocarlos unos collares con gps y así conocer sus movimientos en cada momento y evitar que cazadores furtivos acabaran con ellos.

Era una tarea hartó difícil. Los lobos son animales muy cautos, huidizos, y extremadamente inteligentes, siéndolo aún más estos madrileños, acostumbrados a ser perseguidos y expulsados a tiros cada vez que intentaban colonizar con su clan esos nuevos territorios. Los técnicos de Tragsatec llevaban varios meses rastreándolos con todos los medios a su alcance, y cada vez que los localizaban y colocaban sus cebos, atrayentes y trampas, como si lo presintiera, la manada se mudaba a otro valle, dejando de utilizar los pasos descubiertos, y cambiándolo todo en sus hábitos de caza. La manada era desconfiada y siempre iba unos cuantos pasos por delante en sus movimientos.

Es entonces cuando alguien en la Empresa pensó que quizás Manuel Balmori podría hacer algo y quién sabe si hasta convencerlos para que colaboraran voluntariamente. Al principio esta idea sonó descabellada y lo más que consiguió fue arrancar unas cuantas sonrisas incrédulas, pero el tiempo corría y la reciente muerte de un macho joven del grupo por un disparo anónimo e impune precipitó los acontecimientos.

Balmori recibió la llamada con la petición de ayuda con naturalidad, como si la estuviese esperando, y no tuvo objeción en desplazarse a Madrid esa misma tarde. Al amanecer del día siguiente, ya estaba preparado en el paso descubierto días atrás por las cámaras de fototrampeo colocadas por el equipo de rastreo de Tragsatec. Le dejaron sólo, y Balmori se sentó muy quieto en una roca grande, sintiendo como el viento y el sol naciente pugnaban por acariciarle el rostro. Apenas estuvo unos minutos así cuando atento escuchó unas pisadas suaves y mullidas que le hicieron abrir los ojos.

Delante de él se encontraba un lobo grande y fuerte, de pelaje denso y de capa casi negra por completo. Era un ejemplar magnífico, con una mirada orgullosa y penetrante, casi hipnótica. Cualquiera que no fuera Balmori no la aguantaría y saldría corriendo como una aterrada caperucita ladera abajo.

Apenas hicieron falta palabras. Balmori le habló y le alertó del grave peligro que corrían; era sólo una cuestión de tiempo que se repitiera la historia una vez más, y los hombres que no quieren a los lobos los batieran uno por uno hasta acabar con toda su estirpe haciendo inútil los esfuerzos de todos aquellos que si los querían.

El lobo sabía muchas cosas de los hombres, y de Balmori también, por lo que no tuvo dudas en comprender que había llegado el momento para cambiar de estrategia y por primera vez, confiar en un humano.

Balmori entonces siguió hablando, dándole los detalles del plan para colocarles unos collares que permitirían durante un tiempo saber dónde estaban, y así acudir en su ayuda en caso de cualquier necesidad o amenaza. Para los lobos era una entrega absoluta, imposible de conceder no haber sido petición de Balmori,

-Mañana al amanecer estaré en este mismo lugar con los collares. Ahora vuelve con los tuyos-dijo Balmori.

Y así fue, al día siguiente la manada acudió a la cita, y se dejaron colocar los collares mansamente, sin necesidad de sedarlos, como amistosos perros.

Balmori se despidió de ellos, se subió al coche y regresó a su querida Extremadura a seguir con sus saneamientos. Pero ya no fue por mucho tiempo, pues pronto le ofrecieron unirse al equipo de fauna de Tragsatec, donde ejerció de intermediario en los proyectos de conservación de urogallos, lince, águilas imperiales, murciélagos, cercetas pardillas, tarros canelos, y tantas otras especies con las que allí trabajaban.

A Balmori, nunca mordió perro alguno. Tampoco coceó caballo ni vaca. Pájaros y culebras le acompañaban por los caminos.

Balmori medía casi dos metros, pelo negro y largo peinado en sedosas guedejas, manos gruesas y vellosas. Caminaba con largos pasos de gigante, y marchaba incansable durante kilómetros, siempre a la misma velocidad, ya fuera cuesta arriba como cuesta abajo. Hablaba poco con voz grave y musical, pero usaba muchas palabras diferentes, algunas inventadas, como alberza, lunolina o corridole. Era fácil sorprenderle silbando muy bajito alguna cantata de Bach.

A Balmori le querían tanto la gente como los animales.

